Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos
modalidad virtual
ISSN 2525-0604
12, 13 y 14 de agosto, 2020.

Revisando estrategias metodológicas: memorias e identidades en un contexto de conflicto territorial

Carlos Bonetti Instituto de Lingüística, Folklore
y Arqueología FHCSyS-Universidad Nacional de Santiago del Estero
zbonetti@hotmail.com

Introducción

Esta ponencia presenta los resultados de un trabajo de campo en la localidad rural de Pozo del Castaño, provincia de Santiago del Estero, en un contexto de conflicto territorial[1]. Se trata de problematizar como la relación entre memoria, historia e identidad cobra cierta particularidad y significatividad en los territorios rurales de la provincia, y al mismo tiempo, como esta articulación puede adquirir un valor instrumental al pensarse como recurso político para la defensa de los territorios. En este caso, nos centraremos en la reflexión de las estrategias metodológicas llevadas adelante para trabajar aspectos vinculados a la (re)construcción y representación del pasado a través de entrevistas grupales a miembros de la comunidad y con pertenencia al MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero) y el uso de otros recursos como las genealogías familiares para articular identidad(es) y memoria(s). En este sentido nos interesa revisar el proceso de construcción de conocimiento en el marco de una propuesta con finalidad política y de este modo analizar el rol de los/as investigadores/as en el terreno, las concepciones de los/as pobladores/as y la utilidad de las estrategias cualitativas que contienen históricamente un alto grado de creatividad y de desarrollo "artesanal".

Nuestro trabajo se inició con la comunidad campesina de Pozo del Castaño -situada en el

[1] El trabajo con la comunidad se desarrolló en el marco del proyecto de Investigación "Territorio y territorialidad en el chaco santiagueño: Conflictos, resistencias e identidades en comunidades campesinas e indígenas. Una perspectiva histórica y antropológica" ILFyA- FHCSyS-UNSE, del que participaron sus integrantes en instancias de talleres y trabajo de campo.

departamento Figueroa[2]- que desde hace más de diez años se encuentra con diversos conflictos territoriales producto de la presencia de empresarios foráneos que adquirieron parte de esas tierras para el desarrollo de actividades ganaderas. En los diferentes encuentros que mantuvimos, las preocupaciones lógicamente rondaban en lo dificultoso de enfrentar y desarmar los entramados judiciales y en la complicidad de los aparatos de seguridad local y provincial con el empresariado, sin mencionar la recurrente presencia de la violencia privada -como suele ocurrir en los márgenes del estado- (Das y Poole, 2008) a través de bandas armadas en su intento de persuadir el reclamo campesino por su derecho legítimo a esas tierras de uso común. Además, no sólo la preocupación era asegurarse la posesión de las tierras sino también de la presencia más efectiva del estado a través de servicios esenciales que van desde el agua potable hasta la provisión de medicamentos y el arreglo de los caminos[3]. Sin embargo, nuestra propuesta como universitarios que entrabamos en territorio era trabajar aspectos poco visibles y un tanto "menores" si lo colocamos en la balanza de este contexto y en relación a las demandas apremiantes por las necesidades arriba mencionadas. ¿Qué interés puede tener abordar la relación memoria-identidad y la historia en un contexto de carencias materiales y de necesidades inmediatas?; ¿Si los conflictos se dirimen en los juzgados, con la lógica de la propiedad privada y bajo la legislación hegemónica (sumados a los intereses de clase que siempre están insertos) que sentido tenía nuestra propuesta?.¿Cuál puede ser su relevancia si los campesinos no tienen legislaciones específicas como los pueblos originarios en la que se reconocen diferentes derechos?. Estas eran algunas de las preguntas que atravesaban constantemente la reflexión del "para qué" investigar y como "convencer" de que el resultado podía ir más allá de un paper o un libro. Podemos decir que las preocupaciones generales en cuanto perspectiva de conocimiento se sintetizaban en estos dos interrogantes: ¿Qué podía aportar un enfoque antropológico que busque indagar en las memorias locales para contribuir en la lucha por la tenencia y posesión? y por otro ¿cómo hacer intervenir los conocimientos históricos en ese sentido?

En los distintos encuentros (mediante entrevistas en profundidad y talleres) se indagó a través de la oralidad la presencia histórica de las familias, la vida comunitaria, los usos del territorio en relación a las principales actividades económicas como la cría de

[2] Figueroa es un Departamento ubicado al este provincial, en la zona del río Salado. Pozo del Castaño se ubica en los límites de ese departamento con el de Moreno. Toda esa geografía corresponde a lo que se denomina como el chaco-santiagueño por características ecológicas y ambientales. Además fue parte de un territorio de presencia y resistencia indígena hasta fines del siglo XIX.

[3] El hospital más cercano queda a más de 60 km. Y los caminos de tierra y ripio dificultan el acceso a la localidad.

animales de granja, la venta de postes, la caza y la recolección. Por otro lado, la identidad en tanto forma de auto representación que los posiciona como "sujeto colectivo" fue un aspecto que nos posibilitó advertir diferencias respecto a las representaciones del pasado en contraste con el presente. En este caso la historia oral y la memoria se convierten en un canal para explorar no solo las subjetividades en la (re)construcción del pasado (Halbwachs, 2002) en relación al trabajo en el obraje, la vida cotidiana, los lazos comunitarios, etc. sino que también pueden adquirir, bajo ciertas circunstancias, un valor instrumental para la defensa de los territorios en condiciones estructurales de desigualdad. A partir de ello y bajo un sentido analítico, presentaremos el texto en base a dos ejes de desarrollo. El primero exponiendo el caso del conflicto y el análisis sobre la relación memoria-identidad en tal contexto, y el segundo, centrado en la reflexión del camino metodológico y de sus implicancias, haciendo la siempre necesaria salvedad -aunque es una obviedad- que la teoría y la metodología no deben constituirse como caminos bifurcados (Bourdieu, 2002).

Conflictos por el territorio campesino

En el año 2008 estalla en Pozo del Castaño el primer conflicto territorial, que toma estado público a partir de la visibilización que hace la comunidad cortando la ruta nacional 34 en el año 2010, acompañado de la presentación de un interdicto que es aprobado por el juez de ese entonces. Una sociedad empresarial de origen cordobés había comprado a herederas de un histórico obrajero de la zona, más de 10.000 hectáreas en el área oeste de la localidad, lugar de uso común para el pastoreo de animales y de actividades como la caza y recolección de miel, entre otras, que desarrollaron históricamente las familias campesinas. Se trata de "Carnes para todos" una sociedad empresarial que tuvo vínculos con "Estancias del Sur" dedicada a la exportación de carne vacuna.

Los conflictos en la zona fueron ocasionados por el cerramiento y el desmonte que formaban parte del plan productivo de los empresarios, generando distintas situaciones de violencia, que expresadas por los miembros de la comunidad, irrumpían con los modos de vida y la cotidianeidad. Asimismo es necesario remarcar que el problema de tierras y territorios en la provincia y en la región tiene una matriz colonial, en tanto que se genera con la colonización y que luego va adquiriendo ciertas particularidades en función de los distintos contextos históricos. La dimensión actual de la problemática puede visibilizarse a partir de ciertos datos como los expresados en el informe de la Red Agroforestal Chaco Santiagueña (REDAF) del año 2012, en el que se relevan durante el período 2007-2011,

214 casos de conflictos de tierras en la región norte del país, de los cuales 122 fueron en Santiago.

Históricamente cuando esas tierras, hoy en disputa, estaban en manos de otros propietarios o empresarios foráneos, el estilo de vida y la perspectiva territorial no se habían visto afectados. En este caso, es el alambre y la imposibilidad del uso históricamente extensivo del territorio lo que activó el conflicto.

En este sentido, las estrategias de las familias de la comunidad de Pozo y de los parajes cercanos fueron decisivas a la hora de hacer visible la problemática. La vinculación con instituciones como la Universidad Nacional de Santiago del Estero generó la puesta en marcha de investigaciones y búsqueda de información que puedan llegar a ser útiles para la defensa del territorio. Así también, la intervención del Comité de Emergencia y la Mesas de Tierra como espacios gestionados por el Estado, fueron de suma importancia para validar los argumentos utilizados por la comunidad en las causas judiciales iniciadas.

De indios a campesinos

Son variados los antecedentes de trabajos antropológicos en el norte argentino que abordan de una manera directa o implícitamente la relación entre memorias indígenas y ciertos procesos identitarios. Las relaciones de poder y dominación que involucran violencias estatales y privadas, así como las respuestas creativas en términos de un abanico de resistencias son vistas en clave histórica para comprender prácticas actuales de estas poblaciones[4]. Sin embargo, en Santiago del Estero debemos pensar en una especificidad que nos lleva a rescatar cierta particularidad cuando nos referimos al sujeto rural subalternizado que trasciende a los recientes procesos de reetnización y autorreconocimiento de varios pueblos indígenas[5].

El campesino se constituye históricamente como el actor rural de trascendencia. De esta manera el genérico “campesino” o “habitantes de la campaña” opera como una categoría histórica que aparece con mayor visibilidad en el discurso intelectual, político y académico por lo menos desde fines del siglo XIX a través de las reconocidas memorias descriptivas de Gancedo (1885) y Fazio (1889), de maestros y directivos rurales como Bravo (1942) o Moreno Saravia (1938) entre otros. Los distintos mecanismos de desindianización en tanto política estatal y de agenciamiento de población india posibilitó

[4] En tal sentido podemos citar una diversidad de autores como Gordillo, Tola, Rodríguez, Pizarro, Manasse, Arenas, Sica, Espósito, Grosso, entre otrxs.

[5] En el territorio provincial se reconocen los pueblos: Tonocoté, Diaguita-Cacán, Lule-Vilela, Guaycurúes y Sanavirones.

un blanqueamiento social y una ruptura en términos de identificación basados exclusivamente en la condición étnica/racial (Bonetti, 2016). Esto fue acompañado de un discurso social que se fue sedimentando durante el siglo XX y donde se generalizó su uso en la que se construye la imagen de un sujeto rural asociado al trabajo en la tierra en base a una economía de subsistencia en situaciones estructurales de precariedad y con un alto grado de folklorización en su identidad[6]. Lo que señalamos contribuyó a la construcción de un sujeto homogéneo aparentemente "sin historia", con un fuerte corte con el pasado colonial y pensado en términos de una suerte de "etnicidad ficticia"[7] (Balibar, 1991) a través del discurso del mestizaje hispano-indígena como condición de su surgimiento.

En las últimas décadas una nueva connotación de carácter político replanteó parcialmente esa identidad por los propios movimientos campesinos en defensa del derecho a las tierras y los territorios.

Es en este marco en el que comprendemos al sujeto con el que trabajamos y desde donde explicamos, con mayor profundidad, las propias subjetividades acerca de la memoria y la identidad. El trabajo genealógico que emprendimos para trabajar esta relación nos permitió que algunas familias castañenses logren reconstruir parcialmente su propia historia en la zona y tender un puente con el pasado indígena que muchas veces se presenta como divorciado.

Uno de los aspectos más significativos que surge en la identificación genealógica justamente se vincula con lo indígena. La figura representativa de Indalecio Carabajal, conocido como "Tata inda" cristaliza para los pobladores la imagen del "indio" o "raza india" que es objetivada en su fenotipo y en prácticas de caza y recolección como generalmente aparece en el discurso de los sectores rurales de la provincia para referirse, principalmente, a pobladores antiguos[8]. Sin embargo, las caracterizaciones van más allá de estas descripciones y tipificaciones raciales y se asocian a destrezas y manejos de recursos de caza y conocimiento del monte, e incluso hasta convertirse en una referencia que se invoca desde el pasado para tener suerte con los animales, tal como afirma un poblador:

Hasta por ahí cuando sale Yilina hace cazar, lleva sus perros en el nombre de tata

[6] Nos referimos a una mirada esencialista que se refleja en el discurso social a partir de la romantización de la vida en el campo, del peso de la tradición y de cierta pureza.

[7] Lo tomamos a la inversa del planteo del autor. La etnicidad ficticia refleja la praxis elaborada por el propio estado para representarse en torno a una comunidad en relación a la raza y la lengua en la invención de un supuesto origen común. Aquí lo planteamos en una invención del estado en relación a un otro rural sin distinción o reconocimiento étnico.

.

> inda. Se me ocurre a mí preguntar quién era tata inda, y me dice: "Era un tipo que vivía en el monte, era un indio. Y a mi siempre me hace como milagros" sabe decir de él. Y digan aquí que cuando sale yilina nunca le erra a la cacería.

El tata, "padre" en lengua quichua, parece representar en el imaginario castañense al antiguo poblador, el que tiende un puente con el pasado y logra identificarlos de alguna manera con la ascendencia indígena. Las descripciones de un hombre de baja estatura y con una profusa barba blanca, según relatos de la familia, refuerzan la categoría de indio y de otro genérico usado en las zonas del río Salado y del chaco santiagueño como lo es la de "mataco" para referirse a la población indígena o no civilizada. Esta categoría, construida en la colonia, sigue operando con vigorosidad en las conceptualizaciones rurales como lo demuestra el censo de 1895 en el que se identifica un grupo de "matacos" provenientes del río Bermejo incorporados como jornaleros en el departamento Copo. Su bisnieta, recuerda que su madre lo caracterizaba como "bien negrito" de barba blanca, de corta estatura, "como mataco" recalca. Uno de los pobladores más longevos, recuerda que siendo niño lo conoció al ya anciano Indalecio que posteriormente había migrado al Chaco donde falleció con más de 100 años.

Más allá de estas caracterizaciones a través del relato oral, contamos con un indicio histórico para ubicar a Indalecio en el departamento Juan Felipe Ibarra (zona de Matará al norte) hacia 1869, durante el primer censo nacional de Sarmiento. Con 9 años de edad, podría tratarse del mismo, considerando los tiempos aproximados de su vida y la residencia en la zona del Salado. En los relatos que recopila Mario Tebes (2009) en su libro "CastañumantaYuyayniy" da cuenta de su existencia, en la que destaca que se trataba del poblador más añejo en la zona, monolingüe quichua, ya que sólo entendía pero no hablaba castellano. Así el diacrítico de la lengua, sumado a otras características, pasa a convertirse en algunas circunstancias en indicador de la alteridad indígena.

Una de sus descendientes, refiere al mestizaje en relación a la influencia de dos herencias que reconoce en el árbol de la familia. Por un lado la ascendencia española de su abuela, y por otra, la indígena de la vertiente de Indalecio.

> (…) y bueno que somos los descendientes por parte de los carabajales pero nosotros teníamos apellido Almaraz por parte de mi abuela, que era inmigrante de raza española y se hacen con estos descendientes indígenas.

La evidencia del mestizaje parece no centrarse únicamente en lo fenotípico, sino también en las prácticas sociales y en la misma estética. Es así que el mestizaje funciona como un dispositivo discursivo en muchas zonas rurales de la provincia para definirse

identitariamente cuando se interpela sobre el pasado indígena[9] y que se silencia cuando las categorías de campesino/a, productor/a o simplemente poblador/a asegura una membresía que no se cuestiona (Bonetti, 2016). El mestizaje, incluso, puede ser imaginado o ficticio, a modo de hipótesis, a partir de las subjetividades que cristalizan lo racial para responder a una identidad presente.

En todo caso, los descendientes ya son considerados en el marco de una mestización y por lo tanto con un reconocimiento más tangencial. Y como observamos en las últimas generaciones, la identificación pasa por la de "campesino", que si bien no excluye lo indígena, queda en el primer estrato y se articula con otras membresías como la de "productor" generadas por el propio estado en tanto categorías vinculadas a la capacidad económica y de trabajo. Entonces la pregunta que vuelve es: ¿Qué significa ser indio para los/as castañeneses?. Si bien, podemos decir que es una categoría bastante elástica que se vincula con experiencias acumuladas y construcción de memorias hegemónicas, lo indio definido como categoría social (no étnica) responde también a las percepciones que se construyen desde el presente, sobre todo si consideramos que la memoria es construcción de un pasado que se actualiza (Candau, 1998). Es muy probable que "Tata Inda" no haya sido considerado indio por sus patrones, ni por otros pares, sino que se trata de una categoría más doméstica, un discurso oculto (Scott, 2004) que en todo caso se refuerza en el presente como lo advierten sus descendientes:

> Para nosotros él [Indalecio] era indio (…) porque andaba descalzo con ushuta, era como un indígena.

Una de ellas asume su indianidad al sostener:

> Y si yo soy de aquí, yo me identifico como indígena, yo soy india. Descendiente de indios.

Como dijimos, la categoría de campesinos es la más aceptada para autodefinirse, donde no sólo refleja una designación en términos geográficos o de trabajo, sino que pasa a tener una impronta política, en tanto el reconocimiento del campesino en las últimas décadas como sujeto político. Aunque es necesario aclarar, que las categorías responden a contextos y las políticas conceptuales (De la Cadena, 2006) remiten a condiciones de posibilidad para designarse y ser legitimado como indio y/o campesino.

[9] En un trabajo de campo que realicé en la zona del Dulce, departamento Silípica, se evidencia que el mestizaje también representa el lugar de la definición identitaria cuando se interpela la relación con el pasado indígena. En algunas ocasiones la categoría de "mezclao" se hacía visible para referirse tangencialmente a la ascendencia indígena.

Identidad territorial(izada) y prácticas comunitarias

El obraje y consecuentemente el desmonte constituyen puntos de inflexión en las memorias y en las mismas interpelaciones sobre la identidad. El conflicto parece significar una nueva demarcación social a modo de frontera (Barth, 1976) que sitúa en la dinámica social una nueva forma de considerarse en relación a un sujeto novedoso, en este caso el empresario ganadero y el cerramiento efectivo de los terrenos. En las entrevistas es recurrente la concepción acerca de cómo el desmonte produjo complicaciones ecológicas en términos de sequía lo que dificulta la pequeña agricultura campesina, principalmente cuando se compara con los "antiguos". Sus antepasados tenían cercos, cosechaban, sembraban, prácticas productivas que se fueron diluyendo como consecuencia, entre otros aspectos, de condiciones ambientales y ecológicas. Este corte con el pasado y la necesidad de revisión y valoración del territorio y de prácticas de sus antepasados parece reactivarse cuando peligra la base territorial.

En este caso denominamos identidad territorial o territorializada -en tanto acción de inscripción- a la construcción de un sentido de pertenencia e identificación en relación a las dimensiones materiales y simbólicas del territorio con perspectiva histórica donde se articula, compara y valora un pasado en relación a las circunstancias del presente. Lo que se aprende en el territorio y desde los "viejos" parece constituirse en lo que Candau (1998) llamó como una protomemoria en tanto memoria inscripta en el cuerpo, conocimiento práctico que implica la disposición a la caza y la recolección como formas de ocupación y circulación territorial donde el pasado no se representa sino que se actúa, se pone en práctica, tal como nos señala uno de nuestros informantes respecto al aprendizaje sobre la caza y el uso del monte

> (…) viene de la gente de antes, los mayores (…) cuando nacemos ya nacemos sabiendo todo eso.

En esta comparación con el pasado, los antiguos pobladores, identificados en algunas ocasiones como indios y que se personifican en las historias familiares y bajo un sentido comunitario como "nuestros abuelos", se resignifican y potencian en el actual contexto. Las voces nativas reflejan una necesidad de resistir en el territorio en base a poner en valor sus antepasados y su relación con el monte chaqueño, los aprendizajes derivados de la caza, la recolección, la agricultura familiar y hasta el mismo oficio de hachero (más allá de las contradicciones respecto al uso/degradación del monte) en la que los "antiguos" desempeñaron un rol fundamental. Al mismo tiempo, las reminiscencias respecto a un pasado con lazos comunitarios más solidos y su disolución, emergente en gran parte de

los relatos, es parte de una memoria que necesita reconstruirse y que el conflicto parece haber activado en parte.

Reflexiones metodológicas: del campo a la justicia

Nuestra propuesta metodológica emerge desde esta doble perspectiva de generación de conocimiento, por una parte, y de expectativas de contribuir con la población, por otra. En nuestro caso trabajamos desde un enfoque que integra etnografía e historia a partir de una serie de técnicas e instrumentos propios de un abordaje que denominamos comúnmente como "cualitativo"[10] y de uno de sus principios metodológicos asociados a lo artesanal (Tylor y Bogdan, 1987).

Para trabajar la historicidad de las familias en el espacio y al mismo tiempo comprender en términos de memorias las propias representaciones/reconstrucciones del pasado se recurrió, como ya anticipamos, al armado de genealogías familiares. La intención no era seguir una perspectiva netamente biologicista del parentesco, sino del reconocimiento de la ascendencia que ponga en evidencia las formas nativas de entender la familia y los vínculos sociales. Además, a ello se sumaron dimensiones de poblamiento, migración, economía e identidad.

Estas genealogías se trabajaron con dos de las familias participantes en el taller, una de ellas con una fuerte extensión en la zona producto de relaciones históricas de parentesco. Ese entramado de relaciones parentales responde, en gran parte, a viejas relaciones de producción en las que se ven implicados complejos vínculos de verticalidad y horizontalidad generados por las propias lógicas de funcionamiento de las estancias criollas a fines del XIX y principios del XX. Esta metodología nos permitió advertir la trama de relaciones construidas en torno a la presencia de la estancia, la forma de producción del obraje y sus huellas en la memoria colectiva, las migraciones, así como las distintas formas de identificaciones de los/as pobladores/as actuales. Por otra parte, el vínculo de tensión con lo indígena es de suma importancia en el reconocimiento de la ascendencia y de las rupturas a partir de otras categorías estatales y de producción como la de "campesinos" con el agregado de una importante connotación política en las últimas décadas.

Las entrevistas etnográficas, efectuadas en algunos casos en los mismos talleres, nos dio

[10] Siguiendo las propuestas de Marradi, Archenti y Piovani (2007) y de Achilli (2005) preferimos usar otros conceptos como enfoque no estándar o lógicas de investigación dialéctica que permita escapar de la reducción que puede suponer la dualidad genérica entre "cualitativo" y "cuantitativo". Al mismo tiempo entendemos como esta categoría ya forma parte del sentido común de las ciencias sociales por lo que nos cuesta desprendernos.

la posibilidad de complementar las genealogías y de trabajar grupalmente en ciertos tópicos vinculados a los usos del territorio en la actualidad y la articulación con el pasado.
Finalmente el trabajo en el archivo sirvió para cruzar información respecto a las técnicas anteriores y encontrar, por ejemplo, la primera mensura de Pozo del Castaño en 1897 e identificar a partir de la descripción del agrimensor la presencia de meleros en la zona que hacían uso de esos territorios previo a la llegada del estado y de la presencia de la primera estancia criolla. Esto nos permite sostener hipótesis respecto a como esos meleros constituyen parte de los ancestros de los actuales campesinos, identificados como "indios", que pudieron servir como mano de obra en la estancia y convertirse (a través de su descendencia) en los hacheros de los obrajes. Esta conjetura construida en base al trabajo con documentación catastral, evidencia histórica en el espacio -como los todavía presentes viejos pozos de agua ya identificados por el ingeniero a fines del XIX-, sumados a registros censales del departamento (los dos censos nacionales del S. XIX) así como los relatos actuales nos ayudan a sostener la presencia histórica de las familias campesinas en el territorio. En tal sentido, consideramos la necesidad de continuar sumando evidencias históricas que nos posibiliten profundizar en la relación con el pasado indígena y extender el método genealógico.
Como dijimos al comienzo, el actual campesinado al no estar cubierto por ninguna legislación específica (en un futuro habrá que analizar los alcances en cada país de los Derechos de las y los campesinos declarados por la ONU) y al no contemplarse desde el estado particularidades productivas, culturales ni lingüísticas, los conflictos son resueltos judicialmente sin ninguna prerrogativa, y generalmente es la vía por la que terminan perdiendo sus derechos posesorios.
Por ello, el valor de esta propuesta metodológica reside en dar visibilidad a una historia en el territorio y una identificación negada y minorizada, muchas veces por los mismos pobladores, para advertir procesos de ruptura con el pasado, pero también de reconocimiento y valoración en las circunstancias de conflicto. Es decir como campesinos/as pueden interpelar(se) en situaciones de tensiones y disputas. El valor instrumental del conocimiento producido también debe entrar en disputa para interpelar en otro campo -quizás uno de los más desiguales- como lo es el de la justicia.

Bibliografía

Achilli, E. (2005). *Investigar en Antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Editor.

Balibar, E. (1991). “La forma nación: Historia e ideología”. En Wallerstein y Balibar Raza, Nación y Clase, (pp. 135-167). Madrid: Iepala.

Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bonetti, C. (2016). *Memorias y alteridades indias. Discursos y marcas indígenas en zonas rurales de Santiago del Estero*. San Miguel de Tucumán: Humanitas.

Bourdieu, P., Chamboredon, JC.; Passeron, JC. (2002). *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bravo, D. (1942). *Cuadernos de impresiones*. Santiago del Estero: Yussem

Candau, J. (2008). *Identidad y memoria*. Buenos Aires: Del Sol.

Das, V; Poole, D. (2008). “El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas”. En Cuadernos de Antropología Social (27).

De la Cadena, M. (2006). “¿Son los mestizos híbridos? Las políticas conceptuales de las identidades andinas”. Universitas humanística, 61, 51-84.

Fazio, Lorenzo (1889). *Memoria descriptiva de la provincia de Santiago del Estero*. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.

Gancedo, Alejandro (1885). *Memoria descriptiva de Santiago del Estero*. Buenos Aires: De Stiller & Laass

Halbwachs, M. (2002). Fragmentos de la Memoria Colectiva. Extracto de la obra La Memoria Colectiva de 1950. Athenea Digital, 2. Disponible en: ddd.uab.es/pub/ athdig/15788946n2a5.pdf

Marradi, A., Archenti, N., Piovani, J. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: EMECÉ Editores.

Moreno Saravia, M. (1938). *Escuela y patriotismo*. Santiago del Estero: Tipografía Zampieri.

Scott, J. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.

Tebes, M. (2009). *Castañumanta Yuyayniy. Ni los años ni la distancia*. Buenos Aires: Dunken.

Tylor, S; Bogdan, J. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidos.